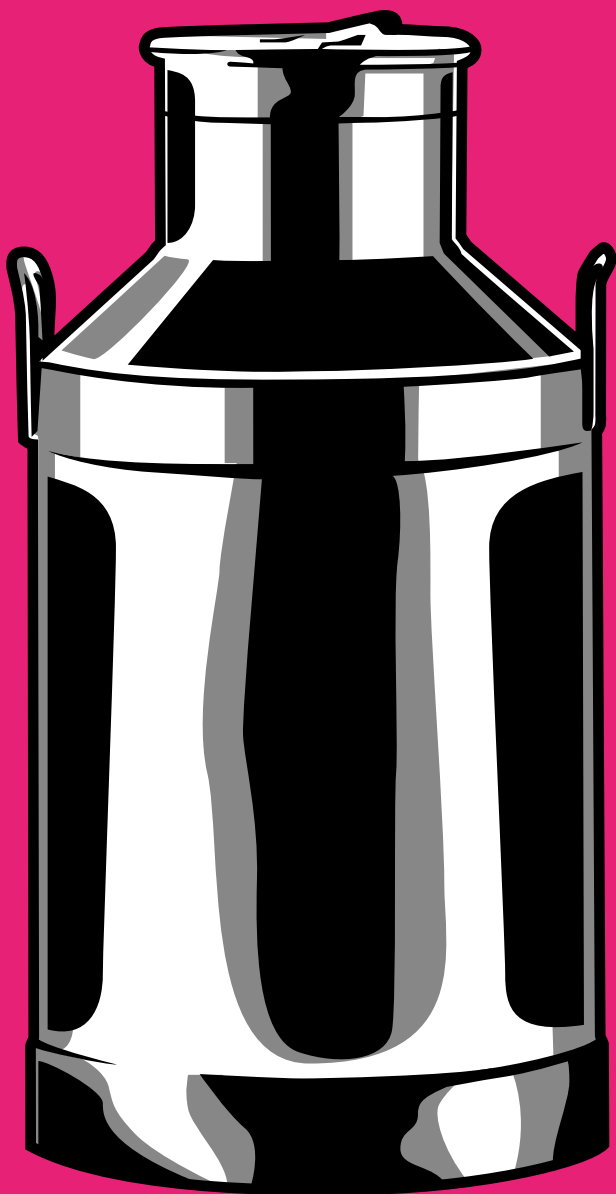


Pauline Tabor



PAPELILLO

Pauline. Memorias de la madame de Clay Street



Traducción de Miguel Ángel Medina

Extracto para lectura gratuita.

Título: Pauline. Memorias de la *madame* de Clay Street

Título original: *Pauline's*

Autora: Pauline Tabor

© Acclaim Press, 2021

© de la traducción: Miguel Ángel Medina, 2024

© Papelillo Editorial, 2024

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Prefacio

Escribir un libro de este tipo plantea problemas peculiares. Los hechos deben ser reales, pero las personas sobre las que se escribe deben estar protegidas por el anonimato. Por lo general, las ligeras alteraciones de tiempo y lugar, junto con el uso de seudónimos alejados de los nombres reales, satisfacen este requisito. Sin embargo, hay ocasiones en las que incluso la profesión de un determinado personaje debe ocultarse para mantener el anonimato.

Ahora bien, como todos los episodios relatados en este libro son verídicos —ocurrieron de verdad—, los nombres y profesiones de los personajes se alteran o eliminan y los tiempos y lugares se disfrazan, no tanto para proteger a los inocentes como para proteger a los culpables.

¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Han pasado casi cuarenta años, pero recuerdo el Día del Armisticio de 1933 —o, para ser más exactos, la noche de esa fiesta— como si fuera ayer. Después de todo, ¿cuántas veces se estrena un prostíbulo con una inauguración a la antigua usanza y junto a todos los vecinos?

La casa de Smallhouse Road —una reliquia de dos plantas y cinco dormitorios que había alquilado a un predicador que había sido llamado a atender un nuevo rebaño en otra ciudad— estaba a reventar. Pero a pesar de los festejos, aquella noche no había ni un solo cliente. Los invitados eran mis amigos, hombres y mujeres, que habían acudido con refrescos, licores, cerveza, bocadillos y todos los demás ingredientes para desearle el «mejor de los viajes» a una de las buenas chicas de Bowling Green que ahora se embarcaba hacia una vida de pecado.

Según los códigos morales de algunos, supongo que no era exactamente una «buena chica». Era una mujer divorciada de veintiocho años que se enfrentaba al problema de sacar adelante a dos hijos pequeños y a una madre enferma que acababa de enviudar en medio de la peor depresión de la historia del país. Había sido una «mantenida» durante un año. Incluso había hecho un breve y desilusionante aprendizaje como prostituta. Sin embargo, aquella noche de noviembre, con las primeras heladas de otoño y la nieve cayendo sobre las colinas del oeste de Kentucky, no me sentía como una

mujer de moral distraída. Puede que por fuera me riera, pero por dentro estaba tan asustada como un mocoso llorón de seis años al que llevan a rastras a su primer día de colegio.

Por lo que recuerdo, la gramola del salón central estaba a todo volumen —sonaba un disco con un vocalista que canturreaba sobre una cabaña en un pueblo de cabañas— y varias parejas bailaban. El hielo tintineaba en los vasos, la gente reía y charlaba, y uno de los comerciantes de la ciudad, un hombre al que conocía desde hacía años, estaba sentado a mi lado en un sofá, tomándome de la mano e intentando disuadirme de mi determinación de convertirme en la *madame* de una casa de alterne.

—Pauline Tabor —dijo—, ¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Durante los años siguientes, me han hecho esa pregunta, con pequeñas variaciones, más veces de las que puedo recordar. Y he desarrollado una respuesta automática que puede escandalizar a algunas personas, aunque tiene mucho de verdad: «Después de follarte a un hombre, se hace cada vez más fácil follarte a otros».

Pero la noche de aquella fiesta de 1933, yo no tenía ninguna respuesta rápida a aquella pregunta. De hecho, mi conciencia de «buena chica» me estaba incordiando con el mismo tipo de preguntas. De repente, a pesar de todas mis valientes intenciones de desafiar las tradiciones y las convenciones, me sentí abrumada al darme cuenta de que no solo estaba sentada en un prostíbulo, sino que era mi propio prostíbulo, justo en mi ciudad natal. «Pauline», me reprendió mi conciencia, «¿cómo puede una maestra de escuela como tú esperar convertirse en una *madame* de éxito? ¿Qué va a pasar ahora, cuando se acabe la fiesta, cuando tus amigos se hayan ido y los clientes empiecen a llamar al timbre?».

La respuesta a esa pregunta, por supuesto, ya es historia. La lógica de mi conciencia aquella noche no consiguió apartarme

de mi recién adoptada profesión. La casa de Smallhouse Road abrió sus puertas al día siguiente. Y durante casi cuatro décadas seguí ejerciendo como *madame*, una exitosa mujer de negocios que comerciaba con uno de los productos más básicos de la humanidad: el sexo.

Ahora que estoy retirada, no me arrepiento de nada. Estoy demasiado ocupada disfrutando de la vida: mis hijos y mis nietos, mis amigos, una bonita casa de campo, una cuenta bancaria saneada y los valiosos recuerdos de un matrimonio feliz. Sin embargo, en retrospectiva, creo que hay una cosa que haría de otro modo si pudiera cambiar el curso de mi vida. Si hubiera una segunda oportunidad, empezaría a trabajar en una ciudad lejana, donde mi vida privada pudiera permanecer en secreto y mi familia se pudiera ahorrar cierta fama y muchas penas innecesarias.

En 1933, en cambio, la sensatez de tal acción no era tan evidente. Bowling Green era mi ciudad natal, el único lugar en el que había vivido, salvo unos meses como trabajadora en Louisville tras la ruptura de mi primer matrimonio en 1930. Así que, cuando decidí empezar a comercializar sexo en lugar de regalarlo, me pareció lógico abrir una casa en mi ciudad natal, donde trabajaría en un entorno familiar y trataría con gente que conocía.

Para entender todo el impacto de esa decisión, es necesario saber algo sobre mis circunstancias en el momento en que abrí mi primer burdel. Si yo hubiera sido otra chica de la calle del lado salvaje de la vida que decidió emprender un negocio por su cuenta, a los ciudadanos de Bowling Green no les habría importado lo más mínimo. Pero yo era hija de una respetada familia de clase media con profundas raíces en el oeste de Kentucky. Durante siete años, había sido la esposa del hijo de un comerciante de la ciudad. Había pertenecido a los clubes considerados adecuados, había asistido a la iglesia y enseñado en la escuela, me había entregado a todos los pasatiempos

apropiados favorecidos por el círculo de parejas jóvenes respetables en el que nos movíamos. En resumen, yo era la candidata más improbable que pudiera imaginarse para una carrera como *madame*.

Se ha escrito mucho sobre los locos años veinte, una década de alcohol ilegal, moral relajada y chicas que fumaban cigarrillos, con el pelo alborotado, los labios pintados, las mejillas irritadas y faldas escandalosamente cortas que dejaban al descubierto prácticamente todo. Bueno, la vida en las grandes ciudades durante esos años pudo haber sido salvaje, desenfadada y sin ley. Pero en las carreteras secundarias de Estados Unidos había mucha gente trabajadora, temerosa de Dios, que nunca vio el interior de un bar clandestino, gente cuyas vidas nunca se vieron afectadas por los exóticos rasgos de una década rebelde, como los *gangsters*, las apuestas, el «amor libre» y los frenéticos giros del charleston.

La Bowling Green en la que crecí, me casé y fui madre era una de esas ciudades en las que las viejas normas de moralidad y los viejos conceptos del bien y el mal aún perduraban durante los años veinte y treinta. Esto no quiere decir que Bowling Green en aquella época estuviera libre de pecados mortales. Muchos de sus ciudadanos —buenos y malos por igual— practicaban de una forma u otra todos los vicios, lujurias y perversiones de la humanidad. Pero, en su mayor parte, ocultaban cuidadosamente sus cuitas tras un muro de santurronería. El sexo era un tema delicado, del que rara vez se hablaba en voz alta. Así, cuando Pauline Tabor, miembro de la más respetable clase social de la ciudad, se convirtió de repente en una mujer de vida alegre, haciendo alarde abiertamente del sexo comercializado, los pilares de la comunidad no solo se escandalizaron, sino que se llenaron de falsa indignación como el marido que vuelve a casa después de una noche en el prostíbulo y descubre a su mujer acostada con su mejor amigo.

En aquel momento, me dolió mucho la reacción de la ciudad. La fiesta de inauguración ofrecida por mis amigos me había creado una falsa sensación de seguridad. Pero más tarde me di cuenta de que eran personas más cosmopolitas y sofisticadas que —aunque no estaban totalmente de acuerdo con la profesión que había elegido— admiraban mi valentía al burlarme de la ética aceptada por mis mayores, que tan a menudo no practicaban la moralidad que predicaban.

La mayoría de la gente de la ciudad, e incluso algunos miembros de mi familia, no eran tan comprensivos. No me veían como una mujer desesperada económicamente, con grandes responsabilidades como cabeza de familia, que se había adentrado sola en un mundo difícil para ganarse la vida haciendo lo que es natural en cualquier mujer pasada la pubertad. En lugar de eso, pronto descubrí que me había convertido en una marginada social entre gente que conocía de toda la vida. Y aunque no debería haberme sorprendido, era lo bastante ingenua como para sentirme herida por su actitud.

Afortunadamente, el espíritu humano no se destruye fácilmente. Por instinto, crea defensas contra los ataques. En mi caso, pronto desarrollé una armadura protectora de cinismo sobre mis semejantes. La otrora ingenua Pauline Tabor, como un viejo soldado, se desvaneció. La sustituyó una *madame* muy dura que trabajaba con la filosofía de que todos los hijos de Dios tienen pies de barro. Esa filosofía, debo añadir, estaba firmemente fundada en el conocimiento de que muchos de los caballeros que me desairaron en público eran clientes de mi casa; que muchos de los funcionarios públicos que más clamaban contra el vicio eran los primeros en aceptar el supuesto «dinero sucio» a cambio de cerrar los ojos ante el vicio contra el que predicaban; que muchas de las respetables damas que me despreciaban a mí y a mi profesión eran fracasadas como esposas, hembras frías cuyos maridos hambrientos de sexo acudían a mi puerta para comprar una ilusión de amor y calor

humano que no podían encontrar en sus propios hogares. Así que, con el tiempo, aprendí a ignorar los reproches de una sociedad que me desaprobaba y pude reírme hasta el final.

Sé que las personas no familiarizadas con el oscuro mundo del vicio se preguntarán cómo una mujer con una educación estricta de clase media —una mujer sin ningún contacto previo con una casa de mala reputación— se las arregló para caer en la vida poco convencional de una *madame*. Bueno, una cosa puedo decir: no hay más escuela de formación para las *madames* que la escuela de los golpes duros. Después de repasar los años de mi vida, supongo que la respuesta es que las *madames* se hacen, no nacen.

Desde luego, no hubo nada en mi infancia y adolescencia —ni miserias, ni pobreza, ni rebelión contra mis padres, ni abrumadores impulsos sexuales adolescentes— que pudiera haber sugerido mi futuro como emprendedora en las malas calles de la sociedad. Nací en Bowling Green el 11 de abril de 1905, apenas dos años después de que Wilbur y Orville Wright realizaran el primer vuelo del hombre en un avión a motor. Pero ni mis hermanos ni yo tuvimos una vida de altos vuelos, ya que nuestros padres eran de la escuela de los estrictos y sensatos cuando se trataba de educar a sus hijos.



Esto solo es un fragmento...

Si quieres conocer la historia completa, no te cortes.

El realismo sucio no es un crimen.

Disponible en librerías y en www.papellilloed.es.

